

A través del espejo Santo

Hugo Hiriart

Una amiga chilena me dijo un día: “qué horrible como dicen eso de quemado ustedes los mexicanos”. Yo no entendía. “Sí”, me explicó, “eso de que fulano se quemó, o que no sé quién está muy quemado o que el otro se va a quemar”. Hasta ese momento no había reparado en el uso que damos en México a ese verbo. Las expresiones me parecían las más naturales, sin sombra alguna de cosa desagradable o cruel.

Ciertamente, nos cuesta trabajo apreciar lo que tenemos muy cerca, la familiaridad no sólo engendra el desdén, sino la invisibilidad. Digo esto como preludeo a contar que, por ciertas razones, me vi en la necesidad de explicarle a un inglés quién es el famoso enmascarado conocido como Santo. Me apresuro a aclarar que yo también decía El Santo, pero me fijé que Emilio García Riera dice en su deliciosa *Historia documental del cine mexicano* (¿por qué no hay una historia así de la literatura mexicana, una historia en la que esté todo, lo bueno, lo cursi o mediocre y lo malo?) Santo, sin artículo y me pareció regocijante llamarlo así: Santo esto, Santo lo otro, Santo dice que no sabe leer ni escribir, Santo asfixió por error a un notario apretándolo con sus manotas, “quiero sopa de poro y papa”, dijo Santo, etcétera.

Ahora voy a copiar lo que escribí explicando quién era Santo. Quiero advertirles antes que no encontré el menor misterio en mi identificación del héroe conocido como El enmascarado de plata, por tanto, lo escrito carece casi completamente de interés. Su único mérito es ver a Santo como un personaje equivalente a los de las viejas, anti-quísimas, la verdad, películas de episodios o *serials*, de gratisísimo recuerdo.

Un problema, que excede la consideración de Santo, es si puede haber gran cine



ingenuo, no un Ed Wood, sino un aduanero Rousseau del cine, es decir, un maestro del candor cinematográfico cuyas películas viéramos con gran admiración.

Santo principió como luchador en el ring. Cuando en los años cincuenta la televisión divulgó las luchas, Santo cobró enorme fama y se hicieron con él revistas, fotografías que tiraban miles de ejemplares, y también películas, muchas películas (sólo entre 1961 y 1963 se rodaron ocho). Así pues, Santo no fue una invención del cine y fue, mucho más que una mera estrella de la pantalla, un fenómeno social y una redituable empresa. Entenderlo es entrar un poco en la mentalidad popular que lo hizo su ídolo en aquellos años. La dificultad puede formularse así: nosotros vemos una persona que anda en la calle vestido con traje de baño, mallas, máscara y capa, todo blanco, pero ¿qué veía el público que se emocionaba con eso? Es decir, lo que nosotros vemos como una extravagante variante de teatro del absurdo (Martin Esslin, en su tratado sobre este movimiento, identifica el teatro como teatro del absurdo) fue en realidad hecho con entera seriedad y emocionó hasta el delirio a millones de espectadores. La extrema ingenuidad y la infantilidad artística son un misterio. Pero las películas de

Santo no son un fenómeno solitario, su antecedente, o mejor, sus hermanas gemelas, son las viejas series de episodios, los *serials*, que acompañaban en las funciones a los largometrajes. Estas películas de episodios tuvieron una larga perduración: principiaron en el cine silencioso y terminaron a mediados de los cincuenta. Recuérdense dos cosas: primero, que muchos de sus héroes usaron traje de baño y mallas, entre otros Superman, Batman, Capitán América y Capitán Marvel. Una diferencia entre estos héroes y Santo es, en primer lugar, que Santo sí era una persona viva, con acta de nacimiento (y ahora también de defunción). Otra distinción viene de la estrecha conexión entre todos estos incansables, a los que podemos añadir Dick Tracey, Tarzán, Fantasma y Flash Gordon, en los cómics. La más corta definición de los filmes de episodios, y de las películas de Santo, es justamente que son cómics hechos cine.

Cuando lo hecho con inocencia, como las viejas series, se repite con deliberación, como las enormes producciones con Batman, el resultado inevitable es una parodia. Estas parodias, en mi opinión, tienen siempre menos interés y menos misterio que el infantil original parodiado. **U**